



**SIETE
RAZONES
PARA ACABAR
CONTIGO**

CARLOS CIUDAD

Bohodón Ediciones

SIETE RAZONES PARA ACABAR CONTIGO

Carlos Ciudad Fernández

SIETE RAZONES PARA ACABAR CONTIGO

Bohodón Ediciones

Siete razones para acabar contigo

Primera edición: noviembre de 2014

© De la obra: Carlos Ciudad Fernández

© Bohodón EdicionesTM [S.L. www.bohodon.es](http://www.bohodon.es)

Sector Oficinos Nº 7

28760, Tres Cantos (Madrid)

[e-mail: ediciones@bohodon.es](mailto:ediciones@bohodon.es)

ISBN-13: 978-84-15976-91-2

ISBN-E-Book: 978-84-92926-76-3

Depósito legal: M-29449-2014

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo o por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

PRÓLOGO

Existen sombras que son más visibles en la oscuridad. Sombras que son densas y perceptibles, que se sienten en el ambiente aun antes de que se hayan materializado frente a los ojos. Durante el día podrían cruzarse sin producir el más mínimo efecto, pero en la noche son inquietantes e inciertas. Aquella pasó a tres metros de un atemorizado Pablo Sagasta, que despertó sobresaltado, con gotas de frío sudor resbalando por su sien izquierda.

Bajo las pesadas mantas de la cama, demasiado blanda para su gusto, respiró profundamente, seguro de haber despertado de una de las paranoicas pesadillas que solían asaltarle cada vez que, como la pasada noche, el sueño le encontraba sobrio y malhumorado. En esas ocasiones, escasas por otra parte, en las que dormía con la mente sin embotar por sus adicciones, los fantasmas del pasado acudían incesantes, en algunas ocasiones impidiéndole descansar; en otras, manteniéndole durante horas en un estado de permanente vigilia, antesala siempre de una irracional descarga de frustración contra sus semejantes. Porque al llegar la mañana, eso lo tenía claro, él debía convertirse en el fantasma de los demás. Era la única manera de sobrevivir.

Sin embargo, la sensación de aquella noche distaba demasiado del carácter onírico e imaginario de sus visiones habituales. No formaba parte de las experiencias del pasado, no era el reflejo de su vulnerabilidad, ni le producía vergüenza. Todas esas cosas acostumbraban a acercarse a él, flotando en un espacio indefinido. Pero aquello era dolorosamente real, y físico. Creía haber percibido de forma nítida el paso de una figura a los pies de la cama, fugaz, amenazante y esquiva, como si únicamente pretendiera advertirle de algo, de forma casual y al mismo tiempo consciente. Se giró pesadamente a la derecha ahogando un quejido y tan-

teó la mesilla de oscura madera en busca del interruptor de la lamparilla.

Una luz tenue inundó la amplia estancia. Todo parecía encontrarse en su lugar, como cuando, unas horas antes, había entrado por primera vez en la habitación. La sala contaba con un escritorio antiguo, una de aquellas mesas altas con diminutos cajones en la parte superior, una silla con patas torneadas y filigranas talladas en la carcomida madera, con un incómodo asiento de cuero sujeto con enormes clavos de color bronce, una recargada lámpara de seis brazos oscilando en lo alto del elevadísimo techo y una gruesa puerta de roble, protegida por un inmenso cerrojo de hierro, de aquellos que se abrían con pesadas llaves negras. Sobre la pared encalada tan sólo había dos cuadros, no excesivamente grandes, con paisajes vacíos a los que no habría prestado la más mínima atención ni aunque los hubiera estado contemplando durante meses.

«Encerrado en una maldita celda», volvió a pensar, como horas atrás. Sin embargo, el cartel junto a la puerta, que indicaba una más que evidente ruta de escape en caso de incendio, le demostraba que era perfectamente libre para salir de allí.

«Si es que hubiera algún sitio al que ir, con la que está cayendo», se dijo. Porque fuera nevaba; lo hacía desde la tarde anterior, y aunque era imposible percibirlo a través de las ventanas, no le cabía duda de que así seguía siendo. A buen seguro no le habría importado que aquel edificio quedara sepultado para los restos. Siempre y cuando él estuviera ya fuera, y lejos, a ser posible. En un momento de lucidez, recordó que estaba allí para disfrutar de la reconfortante sensación que proporciona el poder, y que al día siguiente encontraría, sin duda, la ocasión de resarcirse de sus malas sensaciones. Y lo mejor de todo era que nadie esperaba la sorpresa que había preparado.

Consultó su reloj digital —probablemente su último nexo de unión con una juventud terminada demasiado tiempo atrás—, que portaba en su muñeca izquierda. Las 5:05. Llevaba casi dos días sin probar una sola gota de alcohol, y

aquello era más que suficiente para terminar con su paciencia y convertir la estancia en una dolorosa penitencia. Se preguntó a qué hora abrirían el bar de aquel hotel, perdido en medio de la nada más absoluta, y prometiéndose que era la última vez que salía de casa sin unas cuantiosas provisiones para soportar las largas noches de insomnio.

Apagó nuevamente la luz y se giró tres veces de forma violenta, de un lado a otro de la cama, haciendo golpear el cabecero de forja contra la pared, tratando de encontrar la posición que le permitiera volver a conciliar el sueño. Aunque dudaba que fuera posible. Suspiró con fuerza para relajarse. La habitación volvió a quedar en absoluto silencio; ese silencio tenso, profundo e infinito, que tan nerviosos torna a los que, como Pablo Sagasta, vivían inmersos en una vida intensa y desenfadada.

Fue entonces cuando escuchó el crujido, casi imperceptible. Un leve crepitar, a su izquierda, como el de una articulación que se estira, o el de un cuidadoso paso sobre un suelo escasamente firme. En principio lo ignoró, bostezando sonoramente y cerrando los ojos con fuerza. Ese tipo de sonidos eran continuos en su moderno piso de la capital, y habitualmente pasaban inadvertidos dentro del ambiente que acompañaba a las noches en la ciudad. La diferencia en este caso es que se trataba de un ruido puntual, aislado, que destacaba porque se superponía a un silencio sepulcral. Segundos después se arrepintió de no haberlo advertido, en el momento en que sintió, o acaso escuchó —eso nunca lo sabría—, una respiración. De nuevo, se sintió invadido por la inquietante sensación de una presencia en la estancia. La suma de señales era lo suficiente significativa como para no atender a lo que parecía convertirse en una realidad inapelable. Había alguien más dentro de esa habitación.

Abrió los ojos, esta vez impulsados como por un resorte, y un intenso calor ascendió hasta invadirle la cabeza por completo cuando observó, recortada contra el contorno del pesado ventanal, la figura de una persona. No fue capaz de detenerse a identificar las características de la sombra que

tenía enfrente. Creyó entonces escuchar su nombre, pronunciado en un susurro ronco y metálico, casi imposible de identificar como una voz humana. El miedo le paralizó por completo, impidiéndole reaccionar a tiempo.

Todo ocurrió en una de esas secuencias irreales en las que los segundos transcurren con aparente lentitud, cuando el súbito despertar de los sentidos permite captar todos aquellos detalles que nunca se habrían percibido en otras condiciones. En aquel momento, el sueño, la incertidumbre y la sorpresa, pasaron a un segundo plano, mientras un terror irracional se apoderaba de forma irremediable de la mente de Pablo Sagasta. La figura se deslizó desde la ventana a gran velocidad. Se le acercaba, flotando en la penumbra, como si sus pies no tocaran el frío suelo, con un movimiento tan hipnótico como amenazante. Fue en el instante en que se situó junto al lecho cuando sus más negativos presagios tomaron forma, llegando a su mente como un torbellino que encendió todas las alarmas en su cerebro, alertándole del inminente peligro.

Un destello refulgió en la oscuridad. La sombra portaba algún objeto metálico en la mano izquierda, que se hizo visible en el momento en que elevaba el brazo por encima de su cabeza, cuando la escasa claridad procedente de la ventana incidió sobre ella. Antes incluso de que Pablo pudiera llegar a pensar siquiera en gritar pidiendo ayuda, su asaltante describió un arco descendente con el brazo, en un movimiento preciso y certero, sin el más mínimo atisbo de duda.

Apenas un gruñido había salido de su interior cuando notó una sensación fría y lacerante abriéndose paso a través de su garganta, perforándole el cuello e impidiéndole emitir sonido alguno. El estallido de dolor fue instantáneo. Sintió cómo sus facciones se deformaban en una horrible mueca involuntaria, los ojos cerrados, las mandíbulas chirriando por la insoportable presión. Y, sin embargo, fue consciente, en un fogonazo de lucidez, de que lo peor estaba por llegar. Trasladó toda la tensión a los brazos y a las manos, y aferró fuertemente las sábanas que, revueltas, cubrían el

colchón. Clavó las uñas y tironeó violentamente hasta arrancar la funda por el extremo inferior derecho.

Sintió en ese momento que le faltaba el aire. Trató de abrir la boca en un último espasmo, en busca de algo respirable, notando únicamente cómo todo se inundaba con el sabor metálico y la desagradable calidez de la sangre. Comenzó a notar un profundo y súbito mareo, y deseó con todas sus fuerzas —las pocas que le restaban— perder la consciencia y olvidarlo todo. Sin embargo, unas desagradables oleadas de sensaciones continuaban invadiéndole, mientras los segundos caían, gota a gota, recreándose en la grotesca escena que precedía a su incomprensible final.

Lo siguiente que Pablo Sagasta vio, y seguramente lo último que podría recordar, fue la figura junto a él, inclinándose para mirarle fijamente a los ojos, abiertos de par en par en un espantado gesto. No habría podido distinguir en ningún caso el color de aquellos ojos, pero brillaban intensamente, como si mostraran un inapropiado y desconcertante regocijo. Porque quien se encontraba ante él, lejos de mostrar reparo, repugnancia o arrepentimiento por haber apuñalado a un hombre indefenso y sorprendido, aparentaba sencillamente felicidad y satisfacción. Además, lo había hecho con absoluta sangre fría, sin necesidad de ensañarse, con un único y certero golpe, seguro de no fallar y convencido de alcanzar su objetivo, sin la torpeza y la premura propias del que actúa motivado por un impulso. En sus movimientos no se intuía rabia, ni miedo, ni la más leve inseguridad. Actuaba movido por el convencimiento, como un profesional dedicado a una tarea impersonal y rutinaria.

Finalmente, el asesino giró nuevamente la cara hasta quedar frente a Pablo, contemplando sus últimos estertores, como si necesitara almacenar su agonizante imagen en la mente. Postrado e incapaz ya de realizar el más leve movimiento, la víctima contempló de nuevo la alegría en la mirada de su agresor. Fue entonces cuando lo reconoció, en un instante final de consciencia; un fogonazo que no le permitiría realizar mayores reflexiones. Los labios de la figura

se movieron pronunciando unas últimas palabras que no comprendió.

Pablo mantuvo los ojos abiertos, fijos en la pared frente a la cama. Con aquel objeto aún profundamente clavado en la garganta y ya sin ser capaz siquiera de sentir dolor —menos aún de realizar el titánico esfuerzo de arrancárselo—, se abandonó a la sensación de ingravidez, y vio al agresor girarse y caminar lentamente hacia la puerta, mientras su imagen se hacía progresivamente más borrosa, hasta desaparecer, sumida de nuevo en una oscuridad que, esta vez sí, parecía definitiva.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

El 9 de enero de 2009 marcó un antes y un después en la vida de las ocho personas que componían Strategies & Services Iberia. O tal vez en la de siete, porque en el caso de Pablo Sagasta, el concepto «después» forma parte de la más insondable de las incertidumbres del ser humano. Quizá porque a veces el humor esconde lo que no quiere recordarse, las malas lenguas hablaban de que, en su caso, aquella fecha había marcado solamente un antes.

El resto de madrileños lo recuerdan como el día de la gran nevada que colapsó la ciudad; aquella que fue capaz de paralizar la capital, que bloqueó las calles, produjo centenares de incidentes y obligó a cerrar durante varias horas el tráfico aéreo. Un fenómeno que alimentó las conversaciones de pasillo y ascensor durante semanas, en las que todos narraban sus propias experiencias, cuyo único interés radicaba en ser escasamente habituales y que, miradas en perspectiva, no tienen absolutamente nada de apasionantes. Muchos consideraron una aventura el peregrinar de los viandantes que abandonaban sus vehículos a su suerte, el espectáculo de un accidente, o la hermosa estampa de los jardines vecinales cuajados de blanco. Sin embargo, para nosotros, aislados en aquel hotel de la Sierra de Madrid, la meteorología era un hecho circunstancial, puesto que nuestras preocupaciones tendrían otra forma: la de nuestro jefe, yaciendo sobre la amplia cama teñida de un intenso rojo por la abundante sangre derramada, sin dejar la más mínima duda de que en aquella gélida noche se había cometido un crimen. Y eso, por supuesto, sí que resulta digno de ser contado.

Lo recuerdo con absoluta nitidez. Desperté con un intenso dolor de cabeza, perforándome el ojo derecho de forma inmisericorde. Traté de incorporarme hasta en tres ocasiones y, cuando al fin lo logré, me dirigí hacia el baño para enterrar la cabeza en agua helada. A menudo amanecía con esa sensación, producto de un mal descanso, casi más necesitado de café y analgésicos que de oxígeno para res-

pirar. Al menos el frío sirvió para reducir la sensación palpitante de dolor. Pude agradecerlo posteriormente, ya que aún tardaría horas en poder dejar caer algo en el estómago.

Recogí la ropa que tenía pulcramente dispuesta sobre la antigua silla de madera y cuero, y me vestí apresuradamente, observando por los grandes ventanales un panorama blanco, impoluto, intensificado por la nieve que caía, furiosa, del plumizo cielo. El horizonte se percibía distorsionado, y los enormes pinos que circundaban el recinto se agitaban con violencia, arrastrados por el viento del Norte. El camino de acceso al hotel se encontraba completamente cubierto por la nieve, que alcanzaba más de medio metro de altura junto a la pared del pequeño cobertizo de madera situado al sur del edificio principal. El pequeño autobús que el día anterior nos había conducido hasta allí estaba literalmente sepultado, se había convertido en una enorme masa blanca, sólo identificable por los que sabíamos qué escondía realmente. Aquello solo podía significar que estábamos aislados y que habrían de pasar varias horas antes de que las máquinas tuvieran a bien limpiar el camino que la tarde anterior se veía serpentear, ascendiendo hacia el privilegiado enclave en el que nos encontrábamos.

Me senté de nuevo en la cama para atar los cordones de mis botas, recién adquiridas en una de esas impersonales grandes superficies, habitadas a partes iguales por devotos del ejercicio físico y falsos pretendientes de un nuevo y sano estilo de vida al que seguramente, jamás accederán por falta de auténtica voluntad. Fue en mitad de la segunda lazada cuando escuché el grito. Estridente, aterrorizado y desgarrador, atravesó los gruesos muros sin apenas amortiguarse. Creí reconocer en él la voz aguda y nasal de Elisa Cebrián, la sempiterna secretaria de la compañía, que se alojaba en una habitación ubicada en el mismo sector donde estaba la mía.

Salté de la cama y me dirigí hacia la puerta sin reparar en que había dejado bota y media sin atar, y solo tuve tiempo de echar un fugaz vistazo a mi deslustrado reflejo en el

enorme espejo que pendía de forma inestable sobre el escritorio. A pesar de su exagerada inclinación, producto sin duda de una rudimentaria sujeción, que incrementaba el ya de por sí respetable tamaño de mi cabeza, percibí con claridad los signos de cansancio en mi rostro. Leves ojeras, piel pálida y desprovista de brillo, y una casi imperceptible caída del párpado derecho, como efecto colateral del doloroso episodio que me acompañaba en la mañana.

—Buen aspecto llevas para una emergencia —me dije a media voz, esbozando una tímida sonrisa, poco convincente, a mi lamentable reflejo.

Los de naturaleza cínica tendemos a este tipo de reflexiones en los momentos de tensión. Los que además hemos confirmado nuestro cinismo por el camino, solemos —por añadidura— verbalizarlo de la forma más inoportuna. Por fortuna, no siempre hay gente alrededor para escucharnos. Pensé —esta vez en voz baja— que al menos en esta ocasión me estaba ahorrando las miradas de desaprobación que habitualmente acompañan mis, por otra parte involuntarias salidas de tono. No pude dejar de felicitarme por ello.

Al cruzar el marco de la puerta fui literalmente atropellado por Roberto Caballero, que se apresuraba por el pasillo, siguiendo el indudable origen de los gritos y emitiendo una incomprensible retahíla de sonidos histéricos, algo que, por otro lado, se repetía cada vez que se encontraba en una situación que le generaba más nerviosismo del que su listón —bastante bajo en la mayor parte de los casos— le permitía soportar.

Decidí optar por la postura comprensiva y no recriminarle nada. Después de todo, cuando uno se encuentra alertado por una situación apremiante, bien puede pasar por alto ciertas actitudes y ahorrarse las filípicas para momentos más propicios. Me apresuré en seguir a Roberto, pensando que tal vez, cuando todo se calmara, tendría ocasión de recordarle que es de mala educación correr por los pasillos de los hoteles.

Al fondo del corredor se entreveía la figura de Elisa, sentada en el suelo, aferrándose las rodillas con vehemencia hasta dejarse los nudillos blancos por la fuerza ejercida, presa de descontrolados temblores que rozaban la convulsión. El sonido de un sollozo monótono y afectado inundaba el largo pasillo abovedado. A nuestra espalda se escuchaban también las apresuradas carreras de otras personas, empleados y huéspedes, supuse, que se aproximaban también para descubrir los motivos de aquel inesperado escándalo, que rompía la previsible paz de un entorno como aquel.

Cruzamos por delante de la habitación de Elisa. Observé que la puerta se encontraba entreabierta, como si hubieran salido de la habitación de forma momentánea, con la intención de regresar de inmediato. Únicamente llamó mi atención el hecho de ver el teléfono, uno de esos aparatos antiguos, de color negro, en los que se marcaba girando una rueda con huecos para introducir los dedos, con el auricular descolgado reposando sobre el escritorio. Por lo demás, todo se encontraba en su lugar y, de no ser por la ropa de la cama anárquicamente revuelta sobre el colchón, cualquiera hubiera podido decir que hacía días que ningún huésped se alojaba allí.

En el tiempo en el que me detenía a realizar estas observaciones, Roberto alcanzó el final del largo corredor y, arrodillado junto a la visiblemente afectada Elisa, trataba de obtener de ella alguna explicación coherente.

—¡Elisa! —le decía, y la zarandeaba con evidente premura, pero con la delicadeza propia del que sospecha que tiene entre manos un asunto de extrema gravedad—. ¿Qué ha pasado? Tranquilízate, por favor...

Lejos de atender a las preguntas de Roberto, la pobre mujer continuaba debatiéndose entre hipidos y convulsiones, presa de un ataque de histeria ante el que, por descontento, yo estaba lejos de saber cómo reaccionar. Por prudencia, y porque reconozco que me incomodan las muestras públicas de compasión, me quedé plantado en medio del pasillo, esperando la llegada del resto de las vo-